

El don de la inteligencia

Querido peregrino,

¿Qué es el don de la inteligencia?

Entre los siete dones del Espíritu Santo, el don de la inteligencia ocupa un lugar esencial. No se trata aquí de inteligencia humana, fruto del estudio o la lógica, sino de una luz sobrenatural que Dios derrama en nuestras almas para hacernos penetrar los misterios del mundo.

fe. Nuestra razón sola puede comprender ciertas verdades, pero permanece limitada ante las realidades divinas. El don de la Inteligencia llega entonces, como un rayo de sol a través de la nube, para iluminar internamente lo que ya creemos.

Santo Tomás de Aquino enseña, en la *Suma Teológica* (Ia-IIae, q. 8, a. 1), que por este don " *el alma toma las verdades de la fe no por razonamiento, sino por una intuición simple y directa* ", una luz que hace que las realidades invisibles sean casi tangibles. Gracias a este don, el espíritu del creyente penetra en el profundo significado de las Escrituras, en el valor de los sacramentos, en la belleza del misterio de Dios. No es una ciencia nueva, sino una claridad interior que transforma nuestra forma de ver.

Tres características de este don

Juan de Santo Tomás, gran discípulo del Doctor Angélico, describe en sus comentarios sobre los dones del Espíritu Santo tres efectos del don de la inteligencia. La primera es la liberación de la mente: el Espíritu Santo disipa las nieblas de la confusión y nos permite ver claramente el



El descenso del Espíritu Santo, Tiziano (1545)

cosas de Dios. El segundo efecto es una intuición espiritual: este don no procede del razonamiento humano, sino de una percepción directa, casi contemplativa, de las verdades divinas. Finalmente, produce una orientación hacia Dios: el entendimiento no es un fin en sí mismo, sino que provoca un impulso del corazón que atrae el alma hacia su Creador.

Así, la Inteligencia nos enseña a reconocer la presencia de Dios más allá de las apariencias. El cristiano iluminado por este don no se conforma con saber que Dios actúa, entiende cómo y por qué actúa Dios, incluso a través de los eventos más ordinarios de su vida.

El lugar de la inteligencia en el orden de los dones

El profeta Isaías enumera los dones del Espíritu Santo: " *Sobre él descansará el Espíritu del Señor, el espíritu de sabiduría y entendimiento, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de conocimiento y temor del Señor* " (Is 11:2). Sabiduría e Inteligencia aparecen lado a lado, como dos hermanas inseparables. La sabiduría nos hace saborear a Dios mismo, mientras que la Inteligencia nos revela la profundidad de Dios.

La Sabiduría y la Inteligencia pueden compararse con la luz y la vista: la Sabiduría da el calor y la dulzura de la luz, pero es la Inteligencia la que hace posible discernir qué es lo que esta luz ilumina. Sin luz, la vista es inútil; Sin mirar, la luz permanece estéril. Así, estos dos dones se complementan: uno nos hace amar a Dios, el otro nos hace entenderle.

Lo que la inteligencia nos ayuda a hacer

El don de la inteligencia nos enseña a leer la Palabra de Dios con el corazón. Santa Teresa del Niño Jesús da testimonio de esto en su Historia de un alma (Manuscrito A, folio 83): " *Si abro un libro compuesto por un autor espiritual, inmediatamente siento que mi corazón se aprieta [...] pero es sobre todo el Evangelio lo que me mantiene en pie durante mis oraciones; encuentro todo lo necesario para mi pobre alma pequeña*. Esta simplicidad de la mirada, este contacto directo con el Evangelio, es precisamente obra del don de la inteligencia: Dios habla, y el alma entiende que esta palabra le está dirigida personalmente.

Este don también convierte al cristiano en misionero. Porque quien ha entendido las cosas de Dios por dentro no puede guardárselas para sí: la verdad contemplada se convierte en fuego. El profano que vive de este don se convierte en un testigo luminoso: comprende el significado profundo de lo que cree y lo comunica

no por argumentos eruditos, sino por la claridad de una vida iluminada por la fe. En su familia, en su trabajo, en su compromiso diario, ve el mundo a la luz de Dios y ayuda a otros a hacer lo mismo.

El don de la inteligencia y la dicha

Santo Tomás vincula este don con la bienaventuranza: "*Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios*" (Mt 5:8). De hecho, ver a Dios presupone una mirada pura, libre de pasiones e ilusiones. La inteligencia actúa plenamente solo en un alma clara, humilde y desligada del pecado. El corazón puro no está cargado por lo que pasa: se convierte en un espejo en el que se refleja la luz divina.

Por eso la misión de los laicos comienza con su propia purificación. ¿Cómo puedo iluminar a los demás si mis propios ojos están cegados? El misionero no es ante todo un hombre que habla, sino un hombre que ve. Quien vea a Dios en el silencio de la oración sabrá cómo mostrarle en los ruidos del mundo.

Consecuencias prácticas para nuestra misión

Para nosotros, peregrinos en esta tierra, el don de la Inteligencia es una luz para actuar. Ser misionero como laico no significa necesariamente ir hasta el fin del mundo; Primero que nada, es vivir cada día con una mirada sobrenatural. Este don nos enseña a reconocer a Dios en la banalidad de la vida cotidiana, a descubrir su Providencia en los acontecimientos más ordinarios.

Gracias al don de la Inteligencia:

- Entiendo que mi hogar, mi trabajo, mis relaciones son lugares donde Dios me llama a dar testimonio;
- Veo la mano de Dios tanto en las pruebas como en las alegrías, y llego a consolar a quienes dudan;
- Transmito la fe no como una lección, sino como una luz recibida de arriba.

De este modo, este don transforma la vida de los laicos en una misión viva: cada gesto, cada palabra, cada encuentro se convierte en signo de la presencia de Dios.

Conclusión

Pidamos al Señor, en esta peregrinación, que nos conceda la gracia del don de la Inteligencia. Que purifique nuestros corazones para que nuestra mirada se aclare, que ilumine nuestras mentes para que podamos penetrar en los misterios de la fe, y que encienda nuestras vidas para que podamos convertirnos en misioneros en el mundo.

Al permitir que el Espíritu Santo ilumine nuestras mentes, realmente nos convertiremos en testigos de Cristo: hombres y mujeres que comprenden, viven y irradian la luz de Dios.



Algunas obras de referencia...

- SAN TOMÁS de Aquino, *Summa Theologica*, Ia-IIae, Preguntas 8 y 68 (ed. Vrin, traducción al francés)
- Jean DE SAINT-THOMAS, artículo "Dones del Espíritu Santo", *Diccionario de Teología Católica*, t. IV
- SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, Manuscrito A, folio 83
- Didier-Marie GOLAY, *Los siete dones del Espíritu Santo*, Cerf, 2017
- Dom COLUMBA MARMION, *L'Esprit Saint dans l'âme chrétienne*, Abbaye de Maredsous, 1932
- Henri BOULAD, *Vivir según el Espíritu: Los siete dones del Espíritu Santo en la vida cristiana*, Salvator, 2010
- Serge-Thomas BONINO (ed.), *De la vérité: La science en Dieu selon saint Thomas*, Friburgo, Éditions universitaires, 2007
- Noëlle HAUSMAN, *Santa Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia*, Desclée de Brouwer, 2015